

## **20º Capítulo General**

***“Y el Verbo se hizo carne...”*** (Jn. 1, 14)

Con entusiasmo, apertura y esperanza, los miembros del 20º Capítulo General nos reunimos para encontrar nuevos caminos de revitalización de nuestra vida en comunidad. Sostenidas por la oración de toda la Congregación, confiábamos que el Espíritu de Dios nos daría coraje, flexibilidad y la visión necesaria para desarrollar el tema principal:

### **VIVIR LA PALABRA DE DIOS EN UNA COMUNIDAD EUCARÍSTICA NUESTRO CAMINO HACIA EL FUTURO**

Así como el último Capítulo General dirigió nuestra atención hacia nuestra vocación de ser pan y vino para el mundo, del mismo modo este nuevo tema nos llama a un despertar espiritual profundo que fluya de la Palabra de Dios. Nos reunimos en la mesa de la Palabra para escuchar, para dejarnos desafiar, para cambiar. Porque “La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues, sobre todo en la Sagrada Liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el Pan de Vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo.” (D.V. 21)

Como mujeres de la Palabra, esperamos crear una vida comunitaria que esté profundamente enraizada en la oración, en compartir la Escritura y la Eucaristía. Teniendo en cuenta las sugerencias de las Hermanas, llegamos a concebir las comunidades como fruto de una alianza que anima a la sencillez y al respeto, comunidades en donde la responsabilidad se comparte y se toman decisiones participativamente; comunidades que sirvan a la misión de la Iglesia de hoy con nueva alegría y energía, con renovado entusiasmo – fruto de la intimidad con Cristo...

***“Y a todos se nos ha dado a beber  
del único Espíritu.”*** (1 Cor. 12, 13)

Tenemos la sagrada responsabilidad de desarrollar el carisma de la Madre Paulina según las necesidades de la Iglesia y los signos de los tiempos. En esto, ella es una guía fiel para nosotras. Obediente siempre al Evangelio, nos anima: “¡Estudia a Jesús!”

La relación de Paulina con la Palabra de Dios fue atenta y receptiva. Como estudiante, encontró consuelo y fortaleza en la frecuente lectura de la Biblia. Como fundadora, encuadró su regla de vida dentro de la riqueza de la Sagrada Escritura. En sus oraciones, cartas y reflexiones personales hay muchas referencias, directas o indirectas, a textos bíblicos. Por su apertura a la Palabra, creció en la consciencia de que el AMOR es el cumplimiento de la ley (Rom., 13, 10).

Su vida y su espíritu son un desafío para nosotras. “¡Caridad Cristiana!” es nuestro nombre, nuestra identidad, nuestra misión. ¡Nuestro carisma fundacional, don del

Espíritu, está vivo y activo hoy! Es una fuerza dinámica para el crecimiento interior de la Congregación. Cada una de nosotras, al profundizar y madurar en su vocación, expresa el carisma de un modo único y significativo. El ideal y la misión de la Madre Paulina siguen viviendo en nosotras y por nuestro intermedio llegan al mundo.

Moldeadas por la Eucaristía y la Palabra de Dios, entendemos muy claramente que nuestra ley y regla principal, nuestro carácter y toda nuestra vida, es un AMOR vivo y gozoso – que soporta todo, que cree todo, que espera todo, que sufre todo. Es significativo que las primeras Hermanas, al reflexionar sobre la vida de la Madre Paulina, hayan elegido como inscripción en su tumba la eterna sabiduría del Evangelio de San Juan: **“Mi mandamiento es éste: Ámense unos a otros.”** **“Padre, que todos sean uno como nosotros.”** La comunión en caridad fue su meta. También lo es para nosotras. Buscamos una comunión más profunda con Dios, entre nosotras, con los pobres de toda clase y con toda la creación.

**“Den gratuitamente puesto que recibieron gratuitamente.”** (Mt. 10, 8)

La renovación de la vida en comunidad es un tema prioritario para las Hermanas de todas las Provincias. La vida de comunidad tiene dos aspectos: una unidad interior de espíritu (“un corazón y un alma” en la caridad) y las expresiones visibles y externas de este espíritu (la vida común). Cuando consideramos la vida común y nuestra manera de expresarla, tenemos que recordar que somos religiosas de vida activa y apostólica. Esto afecta las estructuras que modelan las comunidades locales. Una estructura no es un fin en sí misma, sino un medio para una vida más profunda. ¿Podemos aceptar el desafío de crear nuevas estructuras que nos ayuden a ser más solidarias y dejar atrás aquellas que son obstáculos?

La resistencia al cambio ha sido identificada como un obstáculo para la renovación de la vida comunitaria. Queremos pasar de la resistencia a la disponibilidad, para que, como los primeros cristianos podamos llenarnos de alegría y del Espíritu Santo (He. 13, 52).

A partir del don de la unidad interior surge la responsabilidad de hacerse tiempo para las demás, de compartir en todos los niveles, de comunicarse de modo significativo, de “llegar a ser Hermanas”. Una de las formas más eficaces para compartir, es la reflexión comunitaria de la Palabra de Dios. Donde ésta “se practica espontáneamente y de común acuerdo, nutre la fe y la esperanza, así como la estima y la confianza recíproca, favorece la reconciliación y alimenta la solidaridad fraterna en la oración.” (VF 16)

La Escritura, que ha sido concebida dentro de una comunidad de creyentes, se entiende mejor en una comunidad creyente – guiada por el Espíritu Santo. Compartir la Escritura es un proceso que lleva tiempo para desarrollarse y madurar, y que requiere el compromiso de todos los miembros del grupo. De acuerdo con el tema del Capítulo, se debe poner gran énfasis en compartir frecuentemente la Escritura.

Un obstáculo para vivir la vida comunitaria con entusiasmo es sentirse sobrecargada, con exceso de trabajo. Cada Hermana debe aprender a equilibrar su vida, en un sentido más holístico, combinando el apostolado, la comunidad, el tiempo de expansión, la oración y el tiempo para sí misma. A medida que las presiones por el apostolado aumentan, tenemos que encontrar los medios para nutrir la dimensión contemplativa de la vida y tomarnos el tiempo para cultivar la escucha del corazón y la paz del espíritu. Necesitamos libertad en nuestra vida de oración, para “detenernos y saber que Él es Dios.” (Cfr. Sal. 46) Por esta razón, puede ser de mucho valor para nosotras fomentar menos oraciones formales y centrarnos, como María, en la escucha de la Palabra de Dios, en ponderarla y dejar que nos transforme.

En una comunidad auténtica cada Hermana es libre de ser ella misma. Se conoce y respeta a sí misma como un don de Dios, y es capaz de respetar a la otra como don. Cada Hermana, independientemente de su edad, de su procedencia o su apostolado, merece aceptación incondicional y respeto sincero. Todo tipo de rechazo y prejuicio es incompatible con la vivencia del Evangelio.

El reconocimiento sincero de las debilidades (tales como disensiones no reconciliadas, miedo de parecer vulnerable, perfeccionismo y prejuicios), puede llevarnos a una comprensión nueva de la humildad como base para las relaciones de amistad. Esto también puede modificar nuestras aspiraciones desmedidas.

La Palabra de Dios nos desafía a encontrar caminos eficaces para resolver diferencias, crear comienzos nuevos y emprender con renovada frescura la ruta hacia una solidaridad más profunda. En toda comunidad humana, la reconciliación es un proceso permanente. Cada comunidad local encontrará la forma de restaurar la paz cuando haya discordia o división. Tenemos que aprender a perdonar y ser perdonadas, a hacer las paces con el pasado para estar libres y avanzar hacia el futuro.

El Evangelio también requiere un profundo espíritu de solidaridad manifestado en el aprecio por los dones de Dios. Como fieles administradores de la creación, simplificamos nuestras necesidades, crecemos en el respeto por la tierra y sus reservas, y aceptamos nuestra responsabilidad ante las necesidades de las futuras generaciones.

***“Jesús les dijo: Mi alimento es hacer  
la voluntad del que me envió y llevar  
a cabo su obra. (Jn. 4, 34)***

Como una comunidad de discípulos buscamos descubrir siempre la voluntad de Dios. Nos abrimos cada vez más con disponibilidad para hacer lo que le agrada al Padre. La kénosis de Jesús es la medida de nuestro amor. Él se anonadó a sí mismo como siervo y cumplió su misión de Redentor. Su encarnación es nuestra fuente infalible de unión con la Trinidad. Cuanto más lleguemos a ser uno con Cristo, más viviremos la riqueza de nuestra identidad.

Jesús enseñó la igualdad entre sus discípulos. Nuestras Constituciones nos desafían a practicar el diálogo comunitario, la colaboración, la responsabilidad compartida y la subsidiariedad – caminos y medios para profundizar la obediencia madura y responsable. La obediencia requiere una disposición para escuchar y actuar.

La falta de fe, de madurez, el individualismo y el autoritarismo, son obstáculos para una obediencia más responsable. La obediencia de amor está enraizada en el respeto por la persona humana y se desarrolla por medio de la confianza, la franqueza, las sanas relaciones humanas, el compartir en comunidad y la voluntad de dar y aceptar críticas constructivas.

La subsidiariedad, un concepto implícito en nuestras Constituciones, es intrínseca al espíritu de la Madre Paulina. Se percibe la necesidad de desarrollarla a todo nivel. En respuesta a las enseñanzas del Vaticano II, queremos avanzar hacia modelos de vida más participativos. Las superiores en todos los niveles necesitan preparación para implementar estos caminos nuevos.

El rol de la autoridad es de servicio. Siguiendo el ejemplo de Jesús que lavó los pies a los discípulos, serán buenas animadoras en la comunidad las que estén dispuestas a escuchar, alentar, fortalecer y vivificar a la comunidad en el Camino.

Sin embargo, todas compartimos la responsabilidad de crear una comunidad local fuerte y llena de vida. Cada una debe tener la voluntad de aportar sus dones al grupo, ejercer responsabilidad, dando cuenta de ella, y sacrificarse por el bien común. Si la vida se comparte de esta manera, nadie sufrirá carencias. Para vivir de este modo, la reunión local tiene que ser revitalizada e incluir conceptos como: señalar metas, lograr consenso, fortalecer el espíritu de comunión y misión, crear estructuras que den vida, y compartir la fe.

El discernimiento personal y comunitario es de gran importancia y reconocido como una parte integral en la obediencia hoy, para la realización de las metas. Al avanzar hacia el futuro, los principios de discernimiento deben ser implementados como un medio eficaz para descubrir y hacer la voluntad de Dios. Este proceso requiere una preparación en la oración, desprendimiento del corazón, humildad y sincera apertura.

***“Hagan lo que Él les diga.”*** (Jn. 2, 5)

Todos aquellos que viven el misterio de Cristo no pueden dejar de entregarlo todo por la venida del Reino de Dios. Como religiosas estamos consagradas en función de la misión, que es más que una actividad o apostolado: es nuestra vida misma, unida a Cristo, la Palabra Encarnada que habitó entre nosotros.

Somos un signo profético que hace presente y visible la primacía del amor de Dios. Como testigos del carisma de la Beata Paulina, vivimos para servir a los pobres de toda clase. Con amor, alegría, vigor y entusiasmo juvenil, nos entregamos

diariamente a la misión de la Caridad Cristiana, siempre abiertas a las necesidades urgentes de nuestro mundo en este tiempo de la historia.

Como mujeres y como religiosas, María es nuestro modelo y madre. Ella es LA mujer de la Palabra, aquella cuyo cuerpo y corazón se encarnó la Palabra. Ella es la mujer contemplativa que atesoró todo en su corazón, la mujer activa y dispuesta que movida de compasión se apresuró a servir a su hermana Isabel, y que descubrió la necesidad de los recién casados en Caná. Perseveró con amor en el Calvario, y fue el centro de la unidad en medio de la Iglesia naciente, a la espera del Espíritu.

En su Magnificat, María proclama con esperanza gozosa la infinita misericordia de Dios. Es una voz para los pobres, los hambrientos, los humildes y las víctimas de la injusticia. También nosotras somos llamadas a testimoniar la sencillez evangélica, a enfrentar “la cultura de la muerte y de la violencia” con el poder del amor, de la alegría y de la paz de Cristo. Al contemplar el misterio bíblico de “la mujer”, nos descubrimos a nosotras mismas con nuestra vocación de amor.

Como mujeres “en la Iglesia y para la Iglesia” compartimos la misión de presencia e influencia de María. Su SI al Señor revolucionó toda la historia humana.

***“Yo estoy con Uds. todos los días  
hasta el fin del mundo.”*** (Mt. 28, 20)

A lo largo de los 150 años transcurridos, las Hermanas en todo el mundo han contribuido a la vida y santidad de la Iglesia. Su vida es un espléndido testimonio del Evangelio y una forma particular de encarnarla. Ellas nos invitan a ocupar nuestro lugar preciso en la Iglesia y a ofrecernos a nosotras mismas para las grandes tareas que nos esperan, mientras construimos juntas la civilización del amor.

Unidas como comunidad, por la Palabra de Dios y la Eucaristía, avanzamos hacia el nuevo milenio como pueblo peregrino lleno de desbordante alegría. Porque “el Todopoderoso ha hecho obras grandes por mi...” (LC. 1, 49)

Roma, 5 de agosto de 1995